



restablecerá todas las cosas, extenderá por do quiera el reinado de Ormuzd, el imperio de la luz y destruirá el reinado de Ariman, del príncipe malo (1).

Esto ya exigía naturalmente la conservación del cuerpo hasta el momento que saliera de su tumba para aparecer de nuevo en otra magnificencia, cuando no haya ó no se conozca la muerte (2). Se consideraba entre ellos á este estado intermediario como continuación de la vida presente. El sepulcro del rey era también considerado como lugar al que habían de prodigarse todas las comodidades que disfrutara en vida. Partiendo de esta idea fundamental, resultaría que el lujo se tenía que ir extendiendo en la sociedad. Los cadáveres de los reyes, no solamente tenían consigo sus vestidos y muebles, sino también sus tesoros, y créese que cada uno tenía el suyo (3), con cuyo motivo se aglomeraron en Persépolis inmensas riquezas. Sólo esto necesitaba ya numerosa guardia, que ocupaba el palacio, y también tenían puestos en las montañas vecinas (4). Los primeros oficiales de la corte estaban obligados á acompañar el cadáver del rey y permanecer cerca de su tumba. Bagorazus, á quien Secundiano había dado orden de ir á custodiar el monumento fúnebre de Artajerjes, cayó en desgracia por haberle abandonado (5). Bagapates, intendente del serrallo de Darío, hijo de Histaspes, siguió á su maestro después de la muerte de este, y vivió á su lado siete años (6). Con verdad puede sacarse en conclusión que el haren del rey difunto debió ser trasladado también á Persépolis; esto al ménos nos explicaría cómo los soldados de Alejandro pudieron encontrar allí, al saquear el palacio real, tantas mujeres distinguidas, como también muchos de sus vestidos más preciosos (7). Estos sepul-

(1) Zendavesta, I, p. 27, etc.

(2) Suplemento al Zendavesta, t. I, p. 140.

(3) El tesoro que estaba cerca de Ciro es mencionado con frecuencia. (Véase Arrieno, I, c). Por lo que hace á los grandes tesoros de los demás reyes, depositados en Persépolis, véase á Diodoro, Arrieno, Quinto Curcio y todos los historiadores de Alejandro.

(4) Diodoro, I, c. Todavía se encuentran restos ruinosos de los chapiteles en las montañas vecinas (Chardin, II, p. 141). El más notable despojo que Porter ha visto, estaba situado á la entrada de la llanura de Mardasht, que dominaba. Porter encontró allí vestigios evidentes de un palacio y de un templo. (Porter, I, p. 515).

(5) Ctes. Pers., cap. XLVI.

(6) Ctes. Pers., cap. XIV, 19.

(7) Diod., II, p. 214.

cros, tallados en la misma roca, eran de gusto para los persas; esto es lo que también hacen ver los monumentos fúnebres de la montaña de Telmisa en Licia. El conde de Choiseul-Gauffier reconoció allí algunas imitaciones de los sepulcros de Tchil-Minor (1), y un observador más moderno confirma esta opinión (2). Estos monumentos nos enseñan, que no solamente los reyes, sino también los grandes, preparaban sus últimos asilos en aquellas tumbas de piedra, cuya situación y disposición no han bastado á conservar sus cenizas á través de los tiempos. De lo dicho se infiere que los sepulcros forman una parte principal de las antigüedades de Persépolis, y que están íntimamente relacionados con todo lo demás. Ahora se comprenderá cómo Persépolis ha podido ser considerada como la verdadera capital del imperio, como la metrópoli, valiéndonos de una expresión de Diodoro. Se la consideró como la verdadera patria de los reyes de Persia, no solamente en vida, sino después de su muerte.

Antes de proseguir en nuestras investigaciones, tenemos que hacer aún algunas observaciones sobre el nombre de esta capital. ¿De dónde viene el nombre griego de *Persépolis*, ciudad de los persas? Ordinariamente se supone que el nombre de Persépolis fué *Isthahar*, ó *Estrahar*, antigua capital de la Persia, y que, según se cree, estaba situada en la comarca de Tchil-Minor y de Nakchi-Rustam; pero no está suficientemente probado que este nombre perteneciera á la antigua Persia, como pretenden los historiadores modernos que han tratado del

(1) Choiseul-Gauffier. (*Viaje pintoresco*, I, p. 118). ¡Qué analogía más visible entre los sepulcros de Persépolis y los de Telmisa!

(2) H. Von Hammer, *Vistas topográficas de Levante*, 1811, ps. 109, 110. «La montaña de los sepulcros de Telmisa está situada á 500 pasos de las antiguas murallas de la ciudad. También se la podría llamar doble, si se quiere comprender con esta denominación la montaña del palacio y la de los sepulcros. En un principio, los panteones no tenían entrada, y no podían ser construidos en las rocas sino con auxilio de grandes andamios. Después de depositar los cadáveres, se cerraba la entrada por medio de tablas de piedra que las hacían encajar de suerte, que cerraban herméticamente. Cuando el cimientó se endurecía y se echaban á tierra los andamios, era casi imposible penetrar en aquellos lugares. Todo parece indicar que Telmisa, habitada por los griegos y gobernada por los persas, fué la morada de los sátrapas, que deseando imitar la corte de los reyes, así en vida como después de la muerte, levantaron panteones en su provincia como los de Persépolis, para descansar sus magníficas sepulturas.»



Oriente (1). Los autores hebreos, al hablar de Susa y de Ebactana, no le citan nunca; y aun suponiendo que el nombre de Isthahar se derivase del antiguo persa, esto no bastaría para explicar el origen del nombre griego. Como es contrario á la costumbre de los helenos componer de esta manera los nombres de las ciudades, no se puede admitir que Persépolis diera el único ejemplo.

Opinamos que Persépolis es la traducción del nombre de *Pasargada*, que significa *campo de los persas* (2), según los autores griegos. Para saber esta significación, es necesario leer *Pasargada* en lugar de Pasargada (3); y esta forma, probablemente más correcta, es la que se ha conservado por todas partes en la relación de Quinto Curcio (4).

La dificultad está en que Persépolis y Pasargada son ciudades completamente diferentes entre los autores griegos; este punto exige, pues, un detenido examen.

Los compañeros de Alejandro, ó primeros griegos que hacen mención de Persépolis, hablan, cuando quieren explicarse con exactitud, del palacio real de los persas, sin ocuparse de la ciudad; y la descripción que ellos hacen no deja duda ninguna de que no sea relativa al edificio de Tchil-Minor (5).

Cuando hablan de una manera más vaga, confunden también los nombres de la ciudad y del palacio, y en este sentido la denominación de Persépolis se aplica á los dos (6).

Llaman, por el contrario, Pasargada al lugar donde estaba el sepulcro de Ciro y donde tenía también su palacio real, según otras relaciones (7). Distinguen constantemente á este del monumento fúnebre, y es verdad que el antiguo palacio de Tchil-Minor y Pasargada han sido dos lugares diferentes. Pero el nombre de Persépolis, tomado en su sentido más lato, comprendiendo, no solamente el palacio de Tchil-Minor, sino

(1) Herbelec, *Bibl. Orient.*, art. *Isthahar*.

(2) Steph, S. V. *Hassargadai*, tomado de un autor antiguo.

(3) Los griegos cambian este nombre de diferentes maneras. Escriben: *Posargada*, *Passargada*, etc. Véase sobre la etimología de este nombre, las notas de M. Tichser, de los *Apéndecis*. Ousely, II, 317, considera también el nombre de Persépolis como una traducción de Pasargada.

(4) Quinto Curcio, V, 6.

(5) Arrieno, III, 18; VI, 30. Para con vencerse de esta última aserción, no hay más que leer la descripción del palacio de Persépolis en Diodoro, II, página 215.

(6) Arrieno, VII, 1, y en otros autores.

(7) Arrieno, VI, 29; Steph., I, c.

también la ciudad, ó mejor toda la comarca donde descansaban los monumentos de la antigua Persia, ¿no podía también comprender el sepulcro de Ciro? Según las relaciones de Chardin, estas ruinas se extienden á diez leguas en contorno. Esto es lo que aún refieren viajeros más modernos (1). ¿Qué no podía haber en una extensión tan grande? Pasargada podía estar situada lejos de Tchil-Minor, sin estar fuera de este recinto. Las fértiles y bien regadas llanuras de Merdasht y de Murghanb fueron en otro tiempo los lugares favoritos donde acamparon los persas antes de que se apoderaran del Asia. Todo aquel distrito se llamó campo de los persas, Pasargada, nombre que conservó hasta después del establecimiento de su dominación, en que cambiaron estos sitios en ciudades de residencia; pero entre los griegos el uso restringió este nombre á la parte donde estaba el sepulcro de Ciro.

La situación de esta última, Pasargada, está de tal manera determinada con las investigaciones modernas, que no da lugar á duda ninguna. Debemos estas instrucciones á Morier, y después de él á Porter. Los dos convienen en que la situación de la antigua Pasargada era el llano de Murghanb, así llamado por un pueblo donde hay restos muy notables de la antigua arquitectura persa.

Ya hemos dicho más arriba que esta llanura limita con la de Merdasht, donde se encuentran las ruinas de Tchil-Minor. Se ha medido con exactitud la distancia de Tchil-Minor hasta aquel punto, y se ha visto que es de 49 leguas inglesas (2).

Por desgracia, ninguno de los autores antiguos indica de una manera positiva la distancia de Persépolis á Pasargada; pero resulta de las relaciones de los compañeros de Alejandro, que no ha podido ser muy considerable. Alejandro estuvo en una y otra, y la toma de Persépolis le proporcionó inmediatamente la de Pasargada. Una distancia de 49 leguas inglesas no parece demasiado grande para que de aquí se dude ya de estos datos, especialmente cuando se considera que todo este camino estaba cubierto de monumentos, y que el nombre de Pasargada podía también comprender la mayor

(1) Ousely, II, pág. 421. El camino de Tchil Minor en Pasargada, pasa por Sirvaed, ciudad distante cinco horas. Por do quiera se veían restos de edificios, pilares y puertas, construidas por el mismo estilo que las de Tchil-Minor.

(2) Ousely, II, pág. 421, y Porter, I, 508, que la han medido con toda exactitud.



parte de este camino (1). Aunque Morier nos haya dado el primero sus instrucciones sobre Murghanb y sus antigüedades, debemos, sin embargo, á Porter investigaciones más exactas. La llanura de Murghanb la riega el Kur-Aub, el Ciro de los antiguos, que se une al Ben-Emir ó Aras, por cuya razón se le suele confundir con este último. Esta llanura es de las más fértiles, y estaba muy bien cultivada cuando la visitó Porter. Los monumentos que allí se encuentran pertenecen en su inmensa mayoría á la época de la antigua Persia, si se juzga por su carácter y por sus inscripciones cuneiformes; Porter encontró también en estos lugares una plataforma que salía de la roca, formada de trozos de mármol tallados y puestos juntos artificialmente.

Estos mármoles tienen 300 piés de longitud y 298 de latitud, cuyas dimensiones hacen suponer que en otro tiempo habría allí un gran edificio (2). Actualmente este lugar se llama *Takt Suleiman* (trono de Salomón).

En el llano se ven pilares aislados con inscripciones en escritura cuneiforme; también hay en un punto cuatro de estos pilares que forman un cuadrado. Las investigaciones de Porter han demostrado que la inscripción es siempre la misma (2). Pero sobre uno de estos pilares, colocado cerca de los cimientos de un edificio, donde no se ven más que los pedestales de dos series de columnas, hay una figura en relieve debajo de la inscripción, que es de incomparable

(1) Las razones que se alegan contra la identidad de Murghanb y de Pasargada, están expuestas por Hock, *Veteris Persie et Mediae monumenta*, pág. 58, etcétera. Pero no nos parecen suficientes desde que poseemos las descripciones de Porter. La distancia de 49 leguas nos parece demasiado grande. Además no está probado que Pasargada estuviera situada precisamente al Este de Persépolis, (está al NE.), porque no está terminantemente en el pasaje de Plinio, VI, 29, después que el camino tomado por Alejandro á su vuelta de la India, no está en oposición con nuestro juicio, pues no fué á Pasargada con el ejército; le hizo tomar á este el camino directo por Héphestion, y él fué acompañado solamente de un pequeño destacamento para arreglar los negocios del imperio, á los que no hubiera podido consagrarse en el palacio incendiado de Persépolis. Su marcha, que se dirige hácia el Norte, milita más bien en pro que no contra de nuestra opinión.

(2) Porter, I, 484.

(3) Porter, I, 489, de donde está tomada la copia con una exactitud matemática. Las palabras en nombre del rey, son las mismas que en *Tchil Minor*, según la traducción de Grottefend: Ciro, el dueño, el rey, el soberano del mundo. La tercera letra del nombre del rey está, sin embargo, dudosa.

mérito. Representa á un hombre de estatura colosal, doce piés, con vestido largo, un peinado muy especial y cuatro alas (1). Esta figura no se la vuelve á ver reproducida en ninguno de los monumentos persas; pero se la halla, sin el peinado, en los cilindros babilónicos. No es el rey, puesto que le faltan todas sus insignias, hasta sus cabellos y barba rizada. Es un sér de una naturaleza superior, según lo acreditan las alas, que propias de séres sobrehumanos, entre los persas y otras naciones jamás las atribuían á los mortales. Las alas se distinguen, no solamente por su magnitud, sino también por su número, pues que las hay en número de dos y también de cuatro, como las de los querubines, con las que hace la comparación Porter (2). El peinado especialmente es el que llama la atención: entre dos cuernos de macho cabrío, colocados horizontalmente, hay tres figuras análogas á las ánforas; sobre cada una de estas figuras se levanta un globo blanco. Porter vió exactamente el mismo peinado en una cabeza de mujer entre las ruinas de Tebas en el alto Egipto. Son por demás complicados para que uno vaya á creer en una analogía fortuita. Los cuernos del macho cabrío designan siempre entre los egipcios el culto de Ammon, y los globos blancos, entre los persas, la luz, elemento y símbolo de Ormuzd. Como se ve, no es fácil desconocer en esto la fusión del culto persa y el egipcio, que no se vuelve á hallar en ningún otro monumento de los antiguos persas. Sin embargo, falta al monumento persa las cuatro llaves, insignias de la ordenación, las cuales penden de los cuernos de Ammon sobre el monumento egipcio. Una figura semejante, con cuatro alas pero sin el peinado, estrangulando entre sus manos un avestruz, se halla bajo el cilindro babilónico, publicado [por M. de Dorosés. Según la explicación de Grottefend, es el *Serosch*, uno de los izeds, ó genios, ó servidores de Ormuzd, de los de más categoría (3). Pero que sea el *Serosch*, ó el mismo Ormuzd, siempre resulta que es uno de los séres superiores del imperio de Ormuzd.

Pasargada era, según Strabon, obra de Ciro, quien fundó allí una ciudad y un sitio real. La llanura de Murghanb (4), contiene, según Morier, tantas ruinas que es casi imposible dudar que no haya existido en otro tiempo una gran ciudad; y la naturaleza de los monumen-

(1) Porter, I, pl. 13.

(2) Porter, I, 495.

(3) Amalthea, II, pág. 87, y especialmente Dorosés, *Antigüedades de Oriente*, primer cuaderno.

(4) Morier, I, 146; Strab., p. 1061, 1062.



tos demuestra claramente que pertenecen á la arquitectura de la antigua Persia.

Sin embargo, el más curioso de los monumentos de Pasargada es aquel en el cual se reconoce probablemente el sepulcro de Ciro, fundador del imperio persa (1). Estaba en Pasargada, así nos lo atestigua la antigüedad, y Arrieno (2) nos ha conservado una descripción muy detallada, fundada en relaciones de Aristóbulo, testigo ocular.

«En Pasargada, dice, en el *paraíso* real, estaba el sepulcro de Ciro; en su alrededor había un jardín con variados árboles; tenía abundantes aguas, y una yerba espesa cubría la pradera. El mismo sepulcro tenía una base de piedra de cuatro piés y en forma de cuadrado.» Por encima existía una casa de piedra cubierta, y á la cual se entraba por una puerta tan estrecha, que á duras penas pasaba por ella un hombre de baja talla. En la casa había un ataúd de oro, dentro del que yacía el cadáver de Ciro; cerca de él había un asiento, cuyos piés estaban trabajados en oro moldeado: la base estaba cubierta de tapices de Babilonia; sobre el ataúd había preciosos vestidos, de diferentes colores, obra de los medas y babilonios, collares y sables, zarcillos de oro y piedras finas. A poca distancia se hallaba una casita, que fué construida para los magos, á quienes estaba confiada de padres á hijos la custodia del sepulcro, costumbre que aún se conservaba en tiempo de Cambises. El rey les daba todos los días una oveja, una medida de trigo y de vino, y todos los meses un caballo para sacrificarle á Ciro. Sobre el panteon estaba colocada la inscripción siguiente, en caracteres persas: «Oh mortal, yo soy Ciro, el que ha asegurado á los persas su soberanía y el que ha gobernado en Asia! ¿No envidias mi tumba?» El edificio, que aún subsiste, ¿es el sepulcro de Ciro? Esta cuestión no podrá ser indiferente á cualquiera que tenga afición á las cosas antiguas, la que solamente por comparación habremos de resolver.

Si resulta de las observaciones precedentes que la llanura de Murghanb es el sitio ocupado por la antigua Pasargada, preciso será buscar allí el sepulcro de Ciro. Según Arrieno, estaba en el jardín de recreo del rey, sobre una llanura abundante en aguas y cubierta de espesas yerbas. Todo esto se halla hoy en el mis-

(1) Véase la copia en Porter, I, pl. 14, y su descripción, p. 468, etc. El pueblo le llama hoy sepulcro de la madre de Salomón.

(2) Arrieno, VI, 29.

mo estado; sólo han desaparecido los árboles (1). La base estaba formada de trozos de piedras de cuatro piés de largo y de forma casi cuadrada. En el edificio, aún existente, el cimiento forma un cuadrado rectangular, compuesto de enormes trozos de mármol blanco, puestos como sobre otro por capas, que son en número de siete á diez, si se cuentan las del mismo edificio (2).

Este responde perfectamente, en su parte exterior, á la descripción que nos ha legado Arrieno. La circunferencia, la entrada estrecha, el techo de piedra, todo, en una palabra, está en perfecta conformidad. En el pavimento, compuesto de dos grandes planchas de mármol, se ven todavía los agujeros donde se sujetaban los hierros que en otro tiempo servían para amarrar el monumento con el ataúd que estaba dentro (3). La cámara no tiene por la parte interior más que diez piés de longitud, siete de ancho por ocho de alto, y no puede por tanto haber servido más que para descanso de un sepulcro. Verdad es que la base no es cuadrado perfecto equilátero, sino prolongado; sin embargo, como el lado más ancho de la parte inferior tiene 44 piés, y el lado estrecho 40, la diferencia no es desproporcionada. Por lo demás, el todo estaba rodeado de una serie de columnas cuadradas (24 columnas), de las cuales aún se conservan 17.

Sin duda este es el lugar *perizolos*, de que Arrieno nos hace mención. Hasta aquí todo parece estar conforme, tanto como se puede desear de un sitio en el que no hay descripción fundada en medidas exactas. No hay ya más que una objeción, la inscripción que falta (4). Se ve, sin embargo, grabada en el interior una inscripción moderna en árabe; es probable que para poner esta haya sido necesario borrar la antigua. ¿Y no podía también hallarse en una tabla de mármol que después se hubiera perdido, ó también sobre las columnas que forman el recinto (5)? Por último, se argumenta también diciendo que el edificio no está cons-

(1) Porter, I, pág. 503.

(2) Véase la copia de Porter, I, c. La relación de otro testigo ocular, Onesieritus en Strab., pág. 1062, que la llama *devaslegos*, y añade que el cuerpo había descansado en la parte superior, está en completa armonía con todo.

(3) Porter, I, pág. 500.

(4) Las razones contra esta hipótesis están expuestas en Hock, *Veteris Persie monumenta*, pág. 59. Pero desde que se ha reconocido la identidad de Murghanb y Pasargada, ninguna objeción puede tener gran peso.

(5) Porter, I, c.



truido en antiguo estilo persa. Mas la descripción de Arrieno nos hace ver que el sepulcro de Ciro estaba hecho en este estilo y con el gusto antiguo. Hay por otra parte un edificio semejante, cerca de Nakchi-Rustam, frente a la montaña donde descansan los sepulcros de los reyes (1). Cuando hicieron el monumento de Ciro, no estaba la arquitectura en el grado de perfección que después alcanzó, ó más bien, los sepulcros hechos en la piedra no eran usados como en la época de los reyes posteriores. La gran sencillez, juntamente con la solidez, que desafiaba á los siglos, era lo que podía esperarse aquí, y lo que en efecto encontramos. Estas razones nos hacen inclinarnos por esta opinión; el que exija completa certeza en vez de verosimilitud, no conoce el asunto que nos ocupa, tan difícil de resolver.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que Pasargada fué en otro tiempo residencia de los reyes de Persia, y que Ciro hizo estancias en ella más de una vez, no siendo desconocida la causa, pues sabido es que en Pasargada fué donde Ciro alcanzó sobre los medas la victoria que aseguró á los persas la supremacía, y echó los fundamentos de su imperio. Según los testimonios más explícitos, en este lugar es donde se dió la batalla contra Astiages, que decidió la suerte del Asia (2). ¿Tenemos de qué admirarnos porque el vencedor estableciera allí su residencia, é hiciera también construir en aquel lugar un sepulcro? Pasargada fué después de él á los ojos de los persas un santuario al cual estaban como unificadas las ideas é instituciones religiosas. Este era el lugar donde los reyes antes de comenzar su reinado eran consagrados por los magos. Allí les hacían vestir el traje de Ciro; tenían que tomar un alimento y una bebida consagrados, y observar algunas ceremonias secretas antes que fuesen considerados como reyes (3). De vez en cuando hacían sus sacrificios. Leemos que Ciro hizo siete veces esta santa peregrinación (4), y lo mismo se cuenta de Darío, hijo de Histaspes (5). Porter ha indicado, y no sin verdad, las partes de Murghanb destinadas á estas costumbres religiosas. La plataforma que ya tenemos descrita parece que estaba bien dispuesta

(1) Este es el edificio descrito en el *Viaje de Nieubuhr*, II, pág. 159. Nieubuhr no estuvo en Murghanb.

(2) Strab., I, C. Steph., V, *Hossargada*.

(3) Estos datos los debemos á Plutarco, en su vida de Artajerjes, *Op.*, I, p. 1012.

(4) Jenofonte, *Cirop.*, VIII, *Op.*, p. 228, 233, Jenofonte dice expresamente que esta costumbre existía todavía en su tiempo.

(5) Ctes., *Pers.*, cap. IX.

para revestir allí públicamente al rey el traje de Ciro. El edificio, al cual pertenecía el pilar con la imagen de Ormuzd, era probablemente el santuario donde los magos consagraban al rey, pues que esta ceremonia estaba fundada en el culto religioso. La imaginación se complace en reproducir los detalles de las grandes escenas que tuvieron lugar en la más remota antigüedad.

Nos detendremos ya solamente en examinar los monumentos en piedra, de Bisutun, conocidos poco tiempo hace, y de los cuales Porter ha sido el primero que nos ha transmitido una relación y copia exactas (1). Están á muy pocas leguas de Kirmanchah, tan famosa por sus monumentos, que se remontan á los tiempos de los sasánidas (2). La roca de Bisutun se eleva á mil quinientos pies de altura perpendicularmente. Al pie de ella hay una plataforma semejante á la de Tchil-Minor, donde se hallaba, ó al menos debió hallarse en otro tiempo un gran edificio. Sobre el lado derecho de la misma roca hay una escultura colosal, cuyas figuras é inscripciones recuerdan el arte persa antiguo. Se necesitarían, como dice Porter, dos meses para copiar todas las esculturas é inscripciones, sin contar los peligros que pueden acaecer al subir á lo alto de la roca. Él no copió más que doce figuras, pero bastan á dar una idea de toda la escena. El principal personaje es el rey. Está representado como vencedor armado, y hace llevar delante de sí una porción de cautivos en actitud pacífica, simulando al enemigo aterrorizado. En su mano tiene un arco, su elevada talla revela bien á las claras la persona del rey; por otra parte, el ferber (genio) está revoloteando en su derredor. Tiene el peinado y vestido medas, y lo mismo dos guardias de honor que están á su lado, que tienen, el uno un arco, y el otro una lanza. Le preceden varios cautivos. Su posición humilde y sumisa la manifiestan bastante sus manos atadas á la espalda, y las cuerdas que pasan al rededor de su cuello no dejan duda ninguna; sus trajes á veces son más ó menos largos. Todos tienen la cabeza descubierta, exceptuando el último, que lleva un gorro de la forma de un molde de azúcar. Sobre el vestido del tercero hay una inscripción en caracteres cuneiformes (simbólica), y casi todas las figuras, según Porter, tienen la suya. El rey tiene la mano derecha levantada, más bien en señal de exhortación que de ame-

(1) Porter, II, 154, pl. 60.

(2) Sobre los 34° de latitud septentrional, en la frontera de la Media.



naza. Podría asegurarse que los está prometiendo su beneplácito. Se sabe también que han querido representarle en actitud de hablar. No tiene la tiara puesta; tiene la cabellera rizada y su barba envuelta en una bolsa. Todo hace creer que el rey no está vestido en traje de corte, y sí como un guerrillero. Lo que es también digno de observarse, es que entre los cautivos el que va detrás es siempre un poco mayor que el que precede, y el último, con su peinado puntiagudo, es el más alto de todos. Es muy difícil poder reconocer el personaje que el rey tiene posternado á sus pies; está levantando las manos como en actitud de implorar perdón ó alguna gracia. Sin embargo, el discurso que el rey está pronunciando no parece dirigido á él, sino á los cautivos.

La explicación de un monumento todavía muy poco conocido, no puede menos de ser incompleta. Consta que es un monumento de la antigua Persia, y que representa á uno de sus reyes vencedores, ante cuya presencia son presentados los esclavos, á quienes parece que otorga alguna gracia. También podemos admitir que la escena se refiere á un suceso especial, y que no es una alegoría general de la grandeza del soberano persa, pues que los cautivos llevados á su presencia no pertenecen á muchas naciones, sino á una sola, ó á lo más á dos, si el traje más ó menos largo designa esta diferencia. ¿Quién es este rey y cuáles estos cautivos? Nos debemos dar por satisfechos, limitándonos á solo probabilidades; es verosímil que esta representación pertenezca á los primeros tiempos del imperio persa en el reinado de Ciro. La escultura aparece allí aún en toda su sencillez, si bien menos perfeccionada que sobre los muros de Persépolis. No se ve vestigio alguno de animales fabulosos ni de imágenes alegóricas. La escena misma está presentada como histórica, y parece confirmada por el terreno.

Bajo el reinado de los sucesores de Ciro, Darío y Jerjes, la escultura se concentró, por decirlo así, en Persépolis y en sus inmediaciones, en Persia. Este fué el suelo clásico del arte. La montaña de Bisutun está situada fuera de esta línea, en la frontera de la Media. Si hubiese querido representar en otros tiempos modernos la sumisión de un enemigo poderoso, ¿no lo hubiesen hecho en aquella comarca, sobre las rocas de Merdash? La circunstancia de hallarse la inscripción en el vestido de uno de los cautivos, y de lo que no hay otro ejemplo, ¿no parece designar un período más antiguo del arte? Pero aun admitiendo que estas esculturas fueran del nacimiento del imperio persa, ¿qué otro rey que Ciro se hubiera podido representar? La historia no nos permite pensar en Cambises, porque el teatro de sus explotaciones fué el Egipto. Por el contrario, todo hace creer fuera Ciro. Destruyó el imperio lidico-frigio de Creso. Los pueblos que figuran en estos cuadros, ¿serán lidios y frigios? El peinado alto y puntiagudo, ¿será el gorro frigio parecido al de París y de Atys (1)? ¿Sería este lugar la residencia ordinaria de Ciro antes de la fundación de Persépolis, de donde él se volvía con frecuencia á las fiestas y sacrificios de Pasargada? Estas no son más que conjeturas, y como á tales las consideramos; pero no obstante, pueden ser conjeturas verosímiles.

Nos hemos detenido en la exposición del arte y ruinas de la antigua Persia, porque nada revela mejor el esplendor de un imperio, que estos tristes vestigios de las edades, ecos fieles de las grandezas humanas que paran en ruinas, como los pensamientos de la soberbia del hombre y de los tiranos paran en sueños; ¡tristísimos sueños, que Dios castigará eternamente y la Historia no perdonará jamás!

(1) Tratado de Grotefend, en *Amalthea*, II, página 98, etc.